

*dentor*, en que trabajaron muy bien las Sritas. Francisca Ortiz de la Peña, Amalia Serralde, y Esther Irigoyen: con el mismo motivo Virginia Fábregas recitó un aplaudido monólogo de Eduardo Noriega. Tampoco puedo hacer más que mencionar las nuevas presentaciones, en el Teatro Arheu, de la excelente "*Orquesta típica mexicana*" que después de sus muchos y legítimos triunfos en México, en varias capitales de Estados de la República, y en los Estados Unidos norte-americanos, intentaba seguir visitando otros países de nuestro continente: con ese notable grupo filarmónico se hizo también oír el distinguido violinista Mr. Reinaldo Rebagliati, estrepitosamente aplaudido por su maestría y ejecución.

Preocupaciones y ocupación de diversas clases y círculos sociales fueron en ese fin de año las que paso á apuntar brevemente. Los *taurófilos* andaban de mal humor con la orden dictada por el Gobierno del Distrito suspendiendo las corridas de toros, mientras se reformaba el reglamento de ese espectáculo en sentido de no hacer indispensable que las corridas las presidiera un Regidor del Ayuntamiento. La suspensión fué motivada por un escándalo mayúsculo, ocurrido en la tarde del primero de Diciembre en la Plaza del Paseo, en el beneficio del espada Manuel Hermosilla: los *toros* resultaron de mala clase, el público púsose más *bravo* que ellos, y como no salieron de su agrado las órdenes ó disposiciones del regidor-presidente, le insultó á su gusto y tomándose la justicia por su mano destruyó media plaza, arrancando tablas y barandales y arrojándolos al redondel, con las sillas y los cojines y cuanto encontró movable y *lanzable*. Pero este relato sale del plan de nuestro libro y ponémosle desde luego punto.

La porción creyente y católica de la sociedad mexicana, que forma inmensa mayoría, se distrajo y gozó grandemente con las fiestas solemnísimas del jubileo sacerdotal del Ilmo. Sr. Labastida, Arzobispo de México, celebradas en los días 7 y 8 del citado Diciembre. Pero este asunto por demasiado respetable y augusto, tampoco puede ser relatado aquí.

Pero lo que más que todo esto ocupó y preocupó á México entero y á las poblaciones del Distrito, fué la espantable y casi misteriosa fiera, que díjose habían visto muchos, y á la cual nadie pudo dar caza, y se denominó, con general asenso, *la pantera de San Cosme*, porque en el barrio así llamado fué donde hizo sus primeras *fechorías*, degollando venados, jumentos, carneros y otros animales, en las casas de los Sres. Dublán, Alba y Quintana. Primero se creyó tratarse de algún tigre escapado de un establo de los Hermanos Orrin; pero su agente el Sr. Nieto lo desmintió, diciendo que en el local de los citados empresarios no había, de tres años atrás, fieras de esa especie: después se temió que el tal tigre fuera el que poseía el Gral. D. Hermenegildo Carrillo; pero á su vez este señor hizo saber que el animal

de su propiedad seguía en paz y encadenado, en su finca de Atcapotzalco. Mil historias y cuentos corrieron sobre la tal fiera, con la que nadie pudo dar, y por fortuna fué bastante cobarde para atacar á hombre alguno. Sin embargo, una víctima humana causó, según refirió, en el párrafo que aquí copio, el periódico *El Pabellón Nacional*:

"El Sr. D. Benito Quintana, fallecido hace pocos días, contrajo la enfermedad que lo llevó al sepulcro—una pulmonía fulminante—por haber pasado una noche á la intemperie acechando á la pantera, leopardo ó lo que sea, que en días anteriores había devorado dos carneros, propiedad del mismo Sr. Quintana. Y héte aquí, cómo el animalito debe ya *una muerte*."

Mas, dejemos en paz el año de 1889 y pasemos al de 1890, que á las puertas de él nos aguarda la insigne Adelina Patti.

## CAPITULO XI

1890.

En la noche del 10 de Enero de 1890, la Estación de Buenavista rebosaba en compacta muchedumbre de todas las clases sociales, ganosas de contemplar á la famosa Diva Adelina Patti que por segunda vez visitaba nuestra Capital. A las nueve en punto llegó el tren especial formado por dos locomotoras y siete wagones, siendo el del centro, destinado á la egregia cantante, un verdadero primor, un estuche de seda, terciopelo y preciosas maderas. Hé aquí cómo describió un testigo de vista ese coche que por fuera llevaba el nombre de "Adelina Patti:" el primero de sus departamentos es una pequeña antesala; sigue la alcoba con las paredes forradas de brocatel plomo entre cuadros de madera esculpida, espejos biselados y franjas de terciopelo rojo: veíase en un costado el lecho con sus grandes almohadones de raso plomo y su edredón y colcha de terciopelo del mismo color, regiamente bordados y con las primeras cifras de la Diva en el centro: en la misma alcoba hay un pequeño departamento, cerrado por espejos de gran tamaño, que encierran la bañadera de mármol; más allá el tocador y dos soberbios sillones de terciopelo de Utrech. Sigue el salón con su piano, su otomana, su mesa para escribir, los muros cubiertos de ricas tapicerías de seda, de cuadros de cuero realzados primorosamente, de maderas esculpidas y de cris-

tales biselados. Sigue otro saloncito tan rico como el anterior, y después la cocina y el cuarto de la servidumbre.

Al llegar el tren especial se le saludó con los acordes de dos bandas de música y con las aclamaciones de los amigos y admiradores de la artista, y ésta, en elegante *landó*, con cocheros de gran librea, fué conducida al Hotel del Jardín. En él ocupó los cuartos núms. 32, 33 y 34 y el gran salón: "el primer departamento, dice un periódico, se compone de una alcoba y de un pequeño salón, amueblado con un ajuar estilo Luis XVI, que consta de un sofá, dos sillones y cuatro sillas con respaldo y asiento de burato chino, rojo, bordado de blanco: en ese saloncito existe una pintura al óleo obra de D<sup>a</sup> Guadalupe Carpio de Mayora, y frente por frente un gran espejo con marco de peluche rojo oscuro: en la alcoba se ve una cama de bronce inglesa, un hermoso tocador de gran luna, una chimenea, dos roperos también de espejos, sofá, mecedoras y sillas iguales á las del salón, mesa de mármol blanco, mesitas de metal dorado, *secretaire* y un magnífico piano Steinway; el cuarto núm. 33 es el salón de billar, y el 34 está destinado á comedor. El núm. 31, compuesto de un salón y una alcoba, es el alojamiento de Nicolini; los núms. 12 y 24 los ocupa la servidumbre de la *Diva*."

El mismo periódico añadía los siguientes detalles relativos al alojamiento de los demás artistas: El Sr. Perrugini ocupa en el mismo Hotel el cuarto núm. 5; la Sra. Nordica los núms. 6, 7 y 10; el Sr. Novara el 4; el Sr. Arditi el 50; la Sra. Valda los 37, 8 y 9. En el Hotel de la Concordia se alojan los Sres. Marcasa y Castlemary, la Sra. Synnemberg, y los Sres. Tamagno y Rauelli. Se hospeda en el núm. 45 del Hotel de San Carlos el Sr. Sapio, y en el núm. 76 del Hotel de Iturbide la Sra. Emma Albani.

Veamos cómo estuvo formada la compañía que en esa época nos trajeron los Sres. Henry E. Abbey y Maurice Grau. *Sopranos y contraltos*: Adelina Patti, Emma Albani, Lillian Nordica, Giulia Valda Pettigiani, Guerrina Fabri, Hortense Synnemberg, Mathilde Bauermeister, Athalie Claire.—*Tenores*: Comendador Francesco Tamagno, Luigi Rabelli, Enrico Viccini, Giovanni Perrugini, Roberto Vani, Bieleto.—*Barítonos*: Giuseppe del Puente, Arturo Marescalchi, Napoleón Zardo.—*Bajos y bajos cómicos*: Ettore Marcassa, Franco Novara, Armando Castlemary, Agostino Carbone, Firminio Migliara, A. de Vaschetti.—*Maestros concertadores y directores de orquesta*, Luigi Arditi, Romualdo Sapio.—*Maestro al piano forte*, Mascheroni.—*Maestro director de los coros*, Carlo Corsi.—*Arpista*, Mme. Marezek. Orquesta de sesenta profesores. Cuerpo coreográfico de veinticuatro bailarinas. *Primera bailarina*, Mary Aghera. *Director de escena*, Wm. Parry. *Apuntador*, Bardini. Cuerpo de sesenta coristas. *Administrador*, Marcus R. Mayer. *Representante*, A. Durand. *Secretario*, Víctor Ulman. Precios

de abono por quince funciones: Plateas y palcos primeros, *un mil doscientos pesos*; Palcos segundos, *ochocientos*; Terceros, *seiscientos*; Lunetas y balcones, *ciento cincuenta*; Palcos de galería con cuatro entradas, *doscientos cuarenta pesos*; Delantero de galería, *sesenta pesos*. Precios de entrada eventual: Plateas y palcos primeros, *cien pesos*; Segundos, *sesenta*; Terceros, *cincuenta*; Lunetas y balcones, *doce*; Palcos de galería, *veinte*; Delantero de galería, *cinco*; entrada general á galería, *cuatro pesos*.

A pesar de la enormidad de tales precios, apresuráronse á tomar abono las siguientes familias: *en las plateas*, Vivanco y Amor Escandón, Gargollo, Diez Gutiérrez, Justino Fernández, Romero Rubio, Rincón Gallardo, Torres Adalid, Iturbe, Llamado: *en palcos primeros*, Ignacio de la Torre, Antonio Alvarez Rul, Zaldivar, Landa, Gonzalo Esteva, Fernández del Castillo, Cerdán, Concepción A. de Escalante, Guillermo Barron, Eustaquio Barron, Antonio Moreno, Pedro del Valle, J. A. Berges: *en palcos segundos*, José M. Tornel, Francisco Barrera, Rafael Arrillaga, María Durán del Castillo, J. E. Fagoaga, Guillermo Portilla, Ifiigo Noriega, Castañeda y Nájera, Luis Rojas: *en palcos terceros*, Alfredo Guzmán, Manuel M. Contreras, Vázquez Legorreta, Nicanor Dávila, Manuel Ruiz Tejada, Antonio Riva y Echeverría, Manuel Ruiz, Ambrosio Espinosa, Filiberto Hernández: *palcos de galería*, Eugenio Chavero, Manuel Mercado, Juan Camargo, José G. Malda, Macedonio Ibáñez, Juan de la Borbolla, José Lozano.

Hubo además como quinientas lunetas abonadas por diferentes familias que no pudieron conseguir abonos en palcos, reclamados casi todos por sus propietarios. Quienes conozcan la Sociedad de México ó en anteriores capítulos de este libro se hayan fijado en la enumeración de distinguidas familias varias veces nombradas, sabrán reconocerlas en la lista de abonados á esa temporada: los apellidos que en ella suenan por primera vez, fueron ó de personas también muy dignas pero muy retraídas, ó de individuos de fortunas recientes, ó de espectadores que se propusieron negociar con la reventa de algunas localidades. La adquisición ó posesión de ellas causaron mil y un conflictos, entre los que debo mencionar el de la prensa y los periodistas: acerca de este asunto dijo *El Monitor* del 12 de Enero:

"Estamos informados de que los periodistas que forman parte de la Prensa Asociada en esta Capital, y varios otros que no pertenecen á dicha asociación, resolvieron ayer devolver á la empresa Abbey y Grau los tres boletos que ésta les había remitido para otras tantas funciones de ópera.

"Tal resolución de los periodistas ha sido motivada por el hecho de haberse remitido á algunos de ellos boletos para la quinta parte de las funciones del abono, y á otros para la cuarta parte, lo cual ha

hecho presumir que se pretende estar á la expectativa de la actitud de la prensa con respecto á la compañía, para obsequiar solamente á los periódicos cuyos juicios convengan ó agraden á ésta.

“En una sesión borrascosa celebrada antenoche, se resolvió hacer la expresada devolución de los boletos que para una parte de las funciones había distribuído la empresa; varios otros periódicos que no pertenecen á la Prensa Asociada han aprobado y secundado después esa resolución.

“Además, se hizo la proposición de excitar á todos los periodistas á fin de que no acepten boletos de teatro de ninguna empresa ni en ningún caso, para que así no sufran las ofensas de los empresarios.

“Nosotros no podemos secundar la primera resolución porque no nos son conocidas las intenciones de la empresa, ni sabemos que pretenda avasallar á la prensa, pero sí estamos conformes con la proposición de no aceptar boletos de las empresas teatrales, porque esto responde á la iniciativa que tenemos hecha de años atrás.

“Los boletos de teatro los ha recibido la prensa en pago de la publicación de anuncios teatrales; pero esto no lo comprenden así los empresarios. Pretender que por un boleto pierda el periodista la independencia de sus juicios y críticas acerca de las compañías, es enteramente insensato, y sería para ella altamente depresivo si conviniere en ello.”

Esa cuestión, cien veces reproducida, quedó en esa, como en todas, sin resolverse de un modo concluyente y definitivo.

En la noche del sábado 11 de Enero tuvo lugar la primera de las funciones de la compañía Abbey-Grau, con muy buen éxito para la Empresa. Desde tres días antes no quedaba localidad alguna en sus despachos, pero en la mañana del 11 aparecieron revendedores que no lograron realizar á mayor precio de diez y seis y diez y ocho pesos la luneta. El vestíbulo del Gran Teatro presentaba buen golpe de vista por la multitud de curiosos que formados en filas se contentaban con ver llegar á los concurrentes. El salón ofrecía encantador aspecto: desde la luneta á la galería todo rebosaba gente, y en todas las localidades cintilaban los brillantes y se veían hermosos rostros de bellísimas damas. Poco después de las ocho y media dió principio la representación de *Semiramis*: un nutrido aplauso, que partía de todas las localidades á la vez, acogió á Adelina Patti regiamente vestida con blanco traje bordado de oro, un largo manto azul con el mismo adorno y una riquísima diadema de brillantes y perlas: al cuello llevaba una cinta de seda con gruesos diamantes de elevadísimo precio. Presentóse en seguida la contralto Guerrina Fabri, que se captó en el acto las simpatías del público por su buena voz y sus frescas y rotundas notas. El bajo Marcassa gustó también desde luego, por su excelente voz y su perfecta modulación. En el primer ac-

to la actitud del público no pudo ser más fría y reservada, pero en el segundo y el cuarto los artistas dieron al traste con la estrambótica circunspección de sus oyentes, y la Patti, la Fabbri y Marcassa hicieron aplaudir con frenesí: aquéllas cantaron de un modo inimitable el gran dúo del dicho cuarto acto.

Entre las damas que más se distinguieron por su buen gusto y su lujo sobre las muchas que ocupaban diversas localidades, citaré á la Sra. Romero Rubio de Díaz, vistiendo de azul pálido con hermoso aderezo de brillantes; la Sra. Rivas de Adalid, de negro y con soberbias alhajas; la Sra. Alcázar de Andrade, de *peluche* verde con espléndido collar de enormes brillantes; la Sra. de Diez Gutiérrez, de seda blanca bordada, con encajes magníficos y valiosas *rivères* de diamantes y perlas; las Sras. de Alfaro, de Barroso, de Teresa y las Sritas. Stanckiewicz, Ceballos, Redo, Valle, Cortina, Fernández y Fuente, vistieron á su vez con lujo y buen gusto. Gracias á la codicia de los revendedores viéronse desocupados, sin perjuicio para la empresa, algunos palcos segundos y varias lunetas.

El domingo 12 dióse la segunda función de abono con *Guillermo Tell*, para presentación del *Comendador* Francesco Tamagno, al cual el poco galante público no acordó aplauso de bienvenida al verle salir á las tablas: el artista no se desconcertó por ello, y seguro de su valer y de sus fuerzas, dió sus primeras notas con el desembarazo y la confianza que le eran geniales, y el entusiasmo de sus oyentes, empezando en un irreprimible murmullo de sorpresa, se resolvió á los pocos instantes en tempestades de aplausos y bravos: la fama no había mentido al ponderar el mérito del tenor; inimitable, sobre todo en las notas altas emitidas y atacadas con una facilidad pasmosa, dotado de una extensión y de un volumen de voz realmente inimitables, artista en el manejo de su órgano excepcional que dejaba desbordar el torrente de sus robustas notas, para detenerse, bajar, apagarlas allí donde le era necesario expresar la pasión: actor de inmensas facultades, accionaba con tanta propiedad como elegancia, y daba á su semblante simpático la expresión ya tierna, ya patética, ya gozosa que la situación demandaba, uniendo á todo la apostura elegante, correcta, distinguida. “En el segundo acto, dice un cronista, Tamagno electrizó al público, prodigando los *do de pecho* como si hubieren sido la nota más fácil de emitir, cantando con una dulzura increíble, haciendo gala del torrente de su voz y de esas notas altas que estremecen el salón y van á perderse entre los *bravo* de los espectadores: muchas, incontables veces, fué llamado á la escena; cada parte le valía una ovación, y á cada paso eran los aplausos más ruidosos, y más frenéticas las aclamaciones: en el aria del cuarto acto volvió á conquistar nuevo triunfo; su voz espléndida dominaba la masa coral y la numerosa orquesta con sus robustas notas, y el público no se satisfacía de

contemplar al artista, tranquilo, sin afectación, sin esfuerzo, soberano señor de la escena."

El barítono Zardo y el bajo Novara también tuvieron su parte en los aplausos, porque desempeñaron su cometido como excelentes artistas: no sucedió otro tanto con la Sra. Valda que por poco rueda echando á perder el hermoso conjunto. Los coros, en *Guillermo*, como en *Semíramis*, mostráronse buenos, numerosos, accionando y visitando con propiedad y con lujo. En cuanto á la orquesta poco sería cuanto en su elogio se dijese. En el tercer acto fué con justicia aplaudido el cuerpo de baile que ofrecía bonito conjunto.

Para la tercera de abono en la noche del 14, estuvo anunciado el *Otello* de Verdi, pero por enfermedad de la Albani hubo de cambiarse por *Aida*, y "á la verdad, dijo el *Monitor*, que pocas veces, nunca más bien, habíamos saboreado la gran partitura de Verdi, más artística y competentemente desempeñada." Por segunda vez presentóse ante nuestro público el famoso tenor Tamagno, cantando la parte de *Radamès* en que pudo lucir sus excepcionales dotes artísticas. "Con qué brío ha cantado el primer acto, con cuánto sentimiento y ternura expresó pasiones para las que el gran artista parece haber encontrado notas nuevas, acentos desconocidos, raptos y arrullos que jamás habíamos oído en artista alguno de los que han pisado nuestra escena. Su poderosa voz, tan bien interpreta el entusiasmo del guerrero que marcha al combate, como el suspiro del amante en brazos de su adorada: en el aria del primer acto, en el dúo de amor final, Tamagno electrizó una vez más al público, que le distinguió con seis llamadas al proscenio. Lillian Nordica en el papel de *Aida*, y Hortensia Synnerberg en el de *Amneris*, agradaron extraordinariamente. En esa noche quedó roto el hielo de la *circunspección*, y el estirado público aplaudió sin límite ni medida. La obra fué montada con mayor lujo y propiedad que por ninguna otra empresa: los coros presentáronse muy bien vestidos, y las decoraciones parecieron, y lo eran, magníficamente pintadas y sujetas á la verdad histórica: el buen cuerpo de baile contribuyó á la belleza del conjunto. La orquesta, como siempre, muy bien dirigida por el maestro Arditi.

Dióse el 15 la cuarta función de abono con *Lucia de Lammermoor*, presentándose en ella, por segunda vez, Adelina Patti: el deseo de oírla en esa obra llevó al teatro mayor concurrencia aún que en otras noches. Un aplauso unánime, atronador, saludó á la *Diva*, quien en correspondencia á ese obsequio dió una vez más á saborear su voz incomparable, suave, dulce, aterciopelada, con ese claro-oscuro sorprendente, con esa facilidad para emitir y atacar las notas, que sólo es peculiar de los artistas de su talla. La música de Donizetti sonaba con nuevo encanto en aquella boca, que vertía cascadas de perlas en limpias y argentinas escalas, en los deliciosos trinos y gorjeos

de que está bordado ese poema lírico. Muchas veces y con mucho entusiasmo fué aplaudida la *Diva*, sobre todo en el aria del delirio en que hizo gala de su flexibilidad de garganta, de sus hermosas vocalizaciones y de sus trinos más dulces y armoniosos. El entusiasmo del público fué indecible y las llamadas al proscenio incontables. En esa noche hizo su primera presentación el tenor Ravelli, artista de voz bien modulada y de un timbre dulce y agradable: la acogida que se le dispensó fué buena. La Bauermeister era una joven y bonita comprimaria y discreta actriz, cualidad muy rara en cantantes de su modestísimo género. El barítono Marescalchi no causó grande entusiasmo, pero tampoco disgustó. La ópera salió bien desempeñada y el público satisfecho. La Patti alcanzó una entusiasta ovación, y vió el escenario alfombrado literalmente de pequeños ramos de flores: á la mitad del aria, cuando el público sin poder contenerse interrumpió los gorjeos con estrepitoso aplauso, la artista no quiso dejar su actitud dramática, y con los ojos fijos y la fisonomía descompuesta, continuó estática, sin aceptar el aplauso hasta la terminación de la difícilísima pieza, cantada con la pasmosa facilidad propia sólo de su privilegiado órgano vocal. Después saludó sonriendo con suprema gracia y enviando besos al público con las puntas de los dedos. Al terminar la función una banda de música siguió detrás del carruaje de la Patti, acompañándola hasta el Hotel del Jardín.

*El Trovador* fué la obra elegida para cubrir la quinta función de abono, y no pudo su desempeño ser más excelente que en esa noche del 16 de Enero. Principiando por los coros, el público aplaudió la propiedad de los de aquella Empresa, bien vestidos siempre y algunas veces con lujo, muy numerosos y perfectamente ensayados. Acerca de ellos decía el *Monitor*: "debemos confesar que nunca habíamos visto una masa coral más compacta y mejor organizada: ojalá aprendan la lección los futuros empresarios, imitando lo bueno de la actual compañía." Como era de esperarse, Tamagno estuvo soberbio en el *Manrique*; desde la serenata entre bastidores embelesó al público con algunas de las notas producidas por su privilegiada garganta: en el famoso andante del tercer acto la ovación estuvo á la altura del mérito del artista; Tamagno cantó el aria magistralmente, y al llegar á la nota *subversiva*, la atacó con tal facilidad, con tal naturalidad por mejor decir, como si no le costase, como no le costaba en efecto, esfuerzo alguno, sosteniéndola con admirable fuerza; en toda la ópera caminó de aplauso en aplauso. La Nordica en *Leonor* cantó con bastante afinación, cumplió con su deber y consiguió ser muy aplaudida: *El Trovador* fué la ópera que hasta ese día cantó mejor esa artista y la que más se prestaba á sus facultades. La Fabri hizo una buena *Azucena*, cantando con brío y fuego, y accionando